**Utopía, sufragismo y progreso en *La nueva Amazonia* de E. B. Corbett**

Fiorela Mestres (UBA) y Melanie Umerez (UBA)

En junio de 1889, la revista británica *The Nineteenth Century* publica “An Appeal Against the Female Suffrage”, un artículo escrito y firmado por mujeres, que se posiciona en contra de la propuesta de conceder el voto femenino, cuyo tratamiento en el Parlamento lleva ya dos décadas. Apelando al argumento determinista de que los hombres están constituidos para ocupar cargos políticos y que las mujeres, debido a las cualidades propias de su sexo, solo deben limitarse a ejercer un rol moral dentro de la sociedad, se manifiesta una clara y taxativa división de roles cuyo quebrantamiento conduciría al envilecimiento de la nación.

En este contexto, y en respuesta a este tipo de proclamas antisufragistas cuya intención es demostrar que las mujeres son congénitamente inadecuadas para asumir responsabilidades pertinentes a la vida por fuera de la esfera doméstica (Beaumont, 2005), nacen las utopías feministas. Matthew Beaumont (2005) propone que, en las manos de las feministas, la novela funciona como una herramienta política mediante la cual se posibilita la creación de un mito sobre el futuro como una forma de ‘verdad’ destinada a ampliar las posibilidades políticas del presente. De esta forma, la intención de estas obras es generar un impacto en sus lectores contemporáneos para lograr cambios sociales que tienen como fin empoderar a las mujeres con derechos políticos, empezando por la ley de voto femenino, en un intento de “superar” al patriarcado (Suksang, 1993). En relación con esto, Beaumont sostiene que la ficción utópica en el *fin de siècle* es una forma literaria que identifica a sus lectores en el presente de su escritura y publicación como el germen de una comunidad orgánica en el futuro, y que la utopía feminista exhibe este hecho con particular claridad.

Sin embargo, el caso de *La Nueva Amazonia* (1889), que abordaremos a continuación, y que se inscribe dentro del género de la utopía feminista, exhibe una mirada ambivalente sobre la supuesta sociedad ideal del futuro. En este sentido, nos proponemos demostrar que el texto presenta una doble valencia ya que, por un lado, sirve para inspirar a las mujeres de su contemporaneidad para que luchen por sus derechos, pero por otro, advierte sobre los peligros que deben tenerse en cuenta en tanto se proponga crear una sociedad potencialmente perfecta que se siga rigiendo por la opresión y las dinámicas de poder binarias. Por lo cual, entendemos que, en efecto, la verdadera utopía no se ubica en este país futuro sino en la posibilidad de crear una comunidad de lectoras contemporáneas a la autora que pudieran ser las protagonistas de una lucha por el ascenso social y político de la mujer.

En *La Nueva Amazonia*, Elizabeth Corbett no solo se coloca directamente en oposición a las proclamas en contra del sufragio femenino, señalando en el prólogo que “la revista *El siglo XIX* es culpable de consentir, si no de instigar, una atrocidad” (Corbett, 2018, p. 26), sino que utiliza este artículo como un recurso para disparar su propia narración, que pretende validar el rol social de las mujeres y su necesaria intervención para garantizar el progreso social. Al comienzo de esta novela, la narradora y protagonista[[1]](#footnote-1) expone las razones de su indignación luego de leer “An Appeal Against the Female Suffrage”. Sin embargo, no todo es impotencia, ya que también expresa sentimientos de esperanza al leer algunas respuestas en contra del artículo que también fueron publicadas y firmadas por destacados compatriotas varones y mujeres.

Tal es la ilusión que le produce imaginar a ciertas mujeres en posiciones de poder, que inmediatamente cae víctima del adormecimiento y aparece, por medio de una ensoñación, en un país llamado Nueva Amazonia, donde todos los cargos políticos son ocupados por mujeres. Corre el año 2472 y esta isla, una versión posterior y evolucionada de Irlanda, parece exceder todas las expectativas de prosperidad. De hecho, la obra tiene una intención evidente de demostrarles a los lectores decimonónicos cómo, gracias a la incorporación política de las mujeres en la administración gubernamental, se podría constituir una sociedad aparentemente ideal. En un manifiesto contraste con la Inglaterra de fin del siglo XIX, este nuevo país se presenta como un espacio donde “la pureza, la paz, la salud, la armonía y la comodidad reinaban por doquier y ofrecían una imagen como nunca había yo esperado contemplar en este mundo” (p. 100). Leyendo un libro de historia, la protagonista comprende que los avances evidenciados en esta nueva sociedad son el resultado de los derechos que los hombres se vieron obligados a concederles a las mujeres, quienes refutaron todas las teorías acerca de su inferioridad y no descansaron en su lucha en contra de la opresión patriarcal. El principal desencadenante del progreso fue el sufragio universal, a partir del cual “todas las anomalías antes descritas fueron borradas y las mujeres demostraron ser mucho más justas y capaces de gobernar que los hombres e invariablemente promulgaron leyes estrictamente justas e imparciales” (p. 63). Entre las características utópicas de Nueva Amazonia podemos mencionar la ausencia de guerras, pobreza, vicios y crímenes; la prosperidad económica ligada a un sistema tributario y un mercado regulados por el Estado, lo que se traduce en precios justos y en una sociedad anticapitalista; un sistema efectivo de pensiones jubilatorias; y el salario igualitario entre hombres y mujeres así como entre los diferentes empleos, lo que resulta en la elección de una profesión meramente por vocación. También debemos destacar la aparente felicidad, la belleza y la óptima salud de sus habitantes, que llevan una vida longeva y sin dolor, en parte gracias a su nutritiva dieta vegetariana; el fácil acceso al divorcio y a la eutanasia; el aparentemente perfecto sistema de educación; la justicia social; la abolición de las convenciones de género en pos de una supuesta igualdad; y los avances científicos y tecnológicos que permiten controlar el clima, prevenir los signos de envejecimiento y disponer de un admirable sistema de transporte. Además, es importante tener en cuenta que se evidencian mejoras en todas las disciplinas (arquitectura, medicina, etc.) desde que las mujeres comenzaron a involucrarse en ellas.

Toda esta evidencia de progreso ligado al empoderamiento de las mujeres, sumada a las ambiciones feministas previas de la protagonista, la motivan, de cara a su regreso a Inglaterra, a llamar la atención de sus compatriotas sobre las injusticias a las que están sujetas y los beneficios de su eventual emancipación, con la esperanza de inducir a algunas de ellas a “dedicar un poco más de reflexión a las anomalías de su situación y a poner todo su empeño en eliminar al menos algunas de las incapacidades […] que padecen” (p. 124). En referencia a su principal objetivo, el sufragio femenino, sostiene que “es monstruoso considerar que las mujeres son incapaces de votar sabiamente cuando ya han demostrado ser capaces de gobernar mucho más juiciosamente que los hombres” (p. 169) y afirma que “la arrogancia del hombre y la cobardía de las mujeres han reinado durante demasiado tiempo y corresponde a mis compatriotas mujeres afirmar sus derechos y privilegios sin más tardar” (p. 170).

 Sin embargo, esta imagen ideal de Nueva Amazonia que nos haría pensar en la perfecta utopía se pone en jaque cuando observamos algunas otras características que distinguen a este país. En primer lugar, la eutanasia no es solo un derecho, sino principalmente una política de Estado, como también lo es la eugenesia. Todos aquellos sujetos que no encajan en la sociedad o todos aquellos que ya no son útiles para el Estado son eliminados. Los cuerpos que ya no pueden jactarse de su perfección son desechados: “un cuerpo enfermo no es vehículo adecuado para un espíritu que busca la omnisciencia y la pureza divina, de modo que cuanto antes nos deshagamos de él antes llegaremos al cielo” (p. 105), situación que se repite con los dementes que son asesinados “por piedad y por justicia” (p. 106), con aquellos niños que nacen con deformaciones, cuyas almas “son inmediatamente enviadas a pasar su periodo de prueba en esferas menos materiales” (p. 123) y con los hijos ilegítimos a los que no se deja vivir porque se los considera como “vástagos del vicio” (p. 115). Asimismo, los ciudadanos que no se adaptan a las reglas de esta nación también son sancionados con la muerte. Esto se sugiere, en el final del relato, con respecto a Fritz Musicus, el compañero machista y prototipo del hombre decimonónico que llega a este país junto a la protagonista, y quien lejos de considerar la adaptación como una posibilidad, continua pensando que su rol en tanto hombre es superior al de las mujeres que comandan esta sociedad. Es por esto que ellas deciden que “sería un acto de caridad liberar su espíritu si se hace evidente que se halla retenido en su progreso hacia el gozo celestial por el confinamiento en un cuerpo que más probablemente promueva la regresión que el progreso” (p. 182).

Como vemos, el Estado ejerce un rol totalitario. Reprime toda posibilidad de disidencia, condena y extermina las expresiones individuales que no se corresponden con las políticas gubernamentales. En este sentido, la Madre, como se denomina en la novela al Estado, limita todos aquellos consumos que impidan el desarrollo de la perfectibilidad de sus ciudadanos. En la isla está prohibido, por ejemplo, “todo lo que haya demostrado ser perjudicial a la dieta” (p. 122), porque impide el correcto funcionamiento del cuerpo, y está limitado “el uso de todos los teléfonos que no [sean] de naturaleza estrictamente útil o laboral” (p. 155), porque fomentan la pereza en quienes los poseen. Además, el Estado regula con rigurosidad las fronteras para impedir que todo aquello que pueda resultar nocivo para sus habitantes ingrese de forma ilegal por lo cual “no tarda en ser imposible procurarse ese producto particular en el país” (p. 123), y participa en las relaciones comerciales entre privados que se realizan dentro del territorio, ejerciendo un rol intervencionista pues “todo debía venderse al precio fijado por el Gobierno y las visitas cotidianas de los inspectores gubernamentales garantizaban la retirada de los artículos nocivos o de mala calidad” (p. 153), situación que se habilita puesto que “no hay ninguna empresa importante en el país de la que la Madre no sea socia” (p. 161). El acceso a cargos públicos también es limitado y condiciona la vida privada de las ciudadanas, ya que no se permite “que nadie que haya estado casada sea elegible a los cargos estatales ni pueda acceder a los puestos importantes” (p. 113).

Asimismo, el Estado también interviene y limita las producciones escritas. Para este fin, “había establecido un inmenso Departamento Literario con el que las grandes imprentas y editoriales estaban asociadas” (p. 165). A esta institución son remitidas “todas las obras que no fueran los periódicos y revistas ya autorizados” (p. 165) para ser “leídas por el censor oficial” (p. 165), el cual revisa los libros y solo “si se encontraba inocente de ofensas contra la moralidad, la autoridad estatal se encargaba de publicar[lo]” (p. 165). De esta forma, la posibilidad de vivir de la escritura, que se presenta como la aspiración principal de la protagonista, se despliega con menor libertad en relación con la que hubiera podido tener como escritora en su época, incluso considerando las dificultades que tenían las mujeres inglesas para ser publicadas en el siglo XIX. Esto supone un severo contraste que delata el carácter distópico que adquiere la novela a medida que avanza la narración.

Otra característica inquietante que presenta Nueva Amazonia es la misandria evidente tanto en sus habitantes como en el Estado y sus leyes. Se pregona una igualdad de género que en realidad no existe como tal, teniendo en cuenta en primer lugar el determinismo biológico presente en el imaginario social, que sigue una lógica inversa a la del siglo XIX, ya que se cree que las cualidades negativas de los hombres son innatas. Se los acusa de libertinos e inmorales, y se llega a afirmar que “el bípedo masculino es el mismo en todo el mundo, un conglomerado de soberbia y arrogancia” (p. 40). A esto se suma la exclusión de los hombres de la esfera política:

Los principales cargos gubernamentales están ocupados por mujeres, por mera defensa propia en primer lugar, y en segundo porque la experiencia del mundo demuestra que el gobierno masculino siempre ha abierto brechas para admitir la corrupción, la injusticia, la inmoralidad y la intolerancia arrogante y estrecha de las miras. (…) No tenemos intención de admitir la posibilidad de regresión permitiendo de nuevo la gobernanza masculina (p. 113).

Por otro lado, si bien las mujeres que cometen adulterio son degradadas moralmente, las consecuencias penales en un caso inverso son infinitamente más severas, puesto que

ningún hombre que haya cometido esa clase de delito vuelve a tener la oportunidad de repetirlo en Nueva Amazonia, ya que de inmediato es desposeído de todas sus pertenencias y expulsado del país. No solo pierde todas sus posesiones presentes sino que renuncia a la pensión que de otro modo habría disfrutado en su vejez. No se le permite regresar al país (p. 115).

En este sentido, los elementos distópicos que esta futura nación exhibe, como el rol totalitario del Estado, la censura en el mercado editorial, la misandria y las políticas eugenésicas, demuestran que el camino hacia la perfección como una respuesta esperable para una sociedad que ha progresado notoriamente no se presenta como un proceso desligado de violencia, sino todo lo contrario. Entonces, podemos pensar la inclusión de estos elementos como una advertencia a los lectores contemporáneos de la autora, tanto hombres como mujeres, sobre el rumbo que podría llegar a tomar la sociedad si, más allá de la emancipación de las mujeres, no se repiensan las relaciones de poder estructuradas alrededor de jerarquías binarias, el disciplinamiento, y las políticas de persecución y exterminio de la otredad.

Al final de la novela, la protagonista es muy optimista sobre el futuro de la lucha feminista en Inglaterra y escribe: “con todo, la parte progresista de mi sexo aumenta cada año, así como la cantidad de partidarios masculinos, y espero conseguir un número inmenso de reclutas cuando vuelva a casa y describa lo que he visto aquí” (p. 172). Teniendo en cuenta estas esperanzas y el hecho de que Nueva Amazonia no es tan perfecta como parecía a simple vista, nos permitimos pensar que la verdadera utopía que se persigue en esta novela no es la de un país futuro, sino la de una comunidad de lectoras contemporáneas a la autora por fuera del plano ficcional, que pudieran ser las protagonistas de la lucha por el ascenso político y social de la mujer.

**Referencias bibliográficas**

Beaumont, Matthew (2005). “Feminism and Utopia”. En *Utopia Ltd: Ideologies of Social Dreaming in England 1870-1900*, 87-128. Historical Materialism Book Series 7. Leiden, Boston: Brill.

Corbett, Elizabeth B. (2018) [1889]. *Nueva Amazonia*. Traducido por Susana Prieto. Madrid: Defausta.

Suksang, Duangrudi (1993). “Overtaking Patriarchy: Corbett’s and Dixie’s Visions of Women”. *Utopian Studies* 4 (2): 74-93.

Ward, Mrs. Humphrey (1889). "An Appeal against Female Suffrage". En *The Nineteenth Century* 25, 781–788.

1. Un alter-ego de Corbett, en tanto ambas son escritoras comprometidas con la causa feminista y parecen moverse en los mismos círculos sociales y literarios. [↑](#footnote-ref-1)